

ESPIRITUALIDAD LAICAL

A. CHERCOLES, S. I.

El problema

Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el Espíritu de Dios. (CDI-41) (1).

Todos los fieles de cualquier estado o régimen de vida son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. (CDI-40).

Estas afirmaciones del Concilio en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, nos plantea el problema de la espiritualidad seglar, es decir, el modo peculiar de alcanzar esa única santidad cristiana en el laico.

(1) En adelante emplearemos las siglas siguientes para citar los documentos conciliares.

CDI.....Constitución dogmática sobre la Iglesia.

DAS.....Decreto sobre el apostolado de los seglares.

El hecho de que la santidad sea única, pudiera originar el error de admitir también un sólo camino para ella. En la Edad Media, por ejemplo, el seglar, si quería alcanzar la perfección, debía amoldar su vida lo más posible a la del monje. No se concebía una santidad puramente laical, y el único camino era la renuncia y desprecio total del mundo.

Hoy esto va superándose, y la espiritualidad laical alcanza una autonomía propia e independiente de otras formas, que no tenía. El seglar pudo ver en la Iglesia una "tabla de salvación", y no un cuerpo vivo del que él formaba parte y de cuya santidad era también responsable. Antes los religiosos buscarían la santidad, mientras los seglares se esforzarían sólo en su salvación. Todo esto les daba, tal vez, un sentido de cristianos truncados, menos generosos. La santidad era una meta cuyo ideal sería el monje apartado del mundo. Ahora se ve más claro que la santidad es un *espíritu* que invade nuestra vida real, una plenitud que cada cual ha de vivir según su *vocación*, pues "en cualquier asunto temporal, deben guiarse

por la conciencia cristiana, ya que ninguna actividad humana, ni siquiera en el orden temporal, puede sustraerse al imperio de Dios". (CDI-36).

Y este sentido de *vocación* cristiana es el que conviene revalorizar. Tan "vocación" es la del matrimonio, como la del cartujo. Y el cristianismo no sería encarnación si no fuese posible desarrollarlo plenamente en cualquier estado, ya que "todos están llamados a la santidad y han alcanzado la misma fe..." (CDI-32).

Hacia una superación del problema

Ante todo creo que hay que empezar a considerar al laico en la Iglesia como adulto, enfocándolo a una espiritualidad autónoma libre de proteccionismos. Muchas veces en la predicación, más que una formación profunda teológica que le hiciese madurar su conciencia moral, se le ha dado una serie de reglas ya estructuradas que sustitúan su decisión personal. En ocasiones el teólogo ha resuelto desde el retiro de su claustro problemas de moral en los que debía con anterioridad haber escuchado las opiniones del laico más en contacto con las circunstancias de muchos casos.

Hay que irse convenciendo de que el sacerdote anuncia la Palabra de Dios y en ningún caso suplanta la conciencia ajena. Su trabajo como director es orientar, descubrir la voluntad de Dios juntamente con el fiel y suministrar ideas teológicas que el fiel ha de ir encarnando en su ambiente. En muchas ocasiones esta suplantación de la conciencia

del fiel en sus decisiones, es una auténtica deformación. Quizás lo único que se consiga sea "tranquilizar" al dirigido que siente descargada su responsabilidad en la decisión del confesor.

Es curioso ver la importancia que suele tener en la vida interior del laico el director espiritual, hasta tal punto que si éste falta, supone en no pocas ocasiones el hundimiento de esa vida espiritual que era más una imposición del director, que un auténtico camino personal descubierto en el Espíritu bajo la mirada del sacerdote. Más aún, muchas conciencias "infantiles" no son sino simples almas despersonalizadas a las que no se les ha dado una formación moral auténtica ni se han hecho capaces de decidir por sí mismas.

Esta autonomía espiritual del laico con respecto a la vida de consejos evangélicos, no supone una uniformidad, como tampoco lo supone en la espiritualidad del religioso. El cristianismo del laico puede y debe tener, cada vez más, tantos matices como especializaciones va teniendo la actividad humana.

Supuesto este primer requisito de espiritualidad adulta y autónoma con respecto a la monaca, analicemos sus notas específicas.

1.º—Encarnación

La Constitución *Lumen Gentium* define a los laicos como "todos los fieles cristianos a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia..." (CDI-31).

Por lo tanto lo característico de la espiritualidad del laico no puede ser la total dedicación a lo religioso como los clérigos “que aunque algunas veces pueden tratar asuntos seculares, incluso ejerciendo una profesión secular, están ordenados principal y directamente al sagrado ministerio” (CDI-31), ni la total renuncia al mundo por el seguimiento de los consejos evangélicos.

El laico por definición está inmerso en el mundo, y no debe salir de él, sino “hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos. Así, pues, todo laico, por los mismos dones que le han sido conferidos, se convierte en testigo e instrumento vivo, a la vez, de la misión de la Iglesia ‘en la medida del don de Cristo’ (Ef 4,13)” (CDI-33).

Esta inmersión en el mundo supone una visión cristiana y positiva de lo temporal, superando esa especie de maniqueísmo y reserva que ha empapado en ocasiones nuestra ascética. Lo material es bueno: “y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho” (Gn 1,31). Más aún, la obra creadora de Dios no ha terminado, y el laico en su entrega a las realidades de este mundo para transformarlas, colabora con Dios. En lugar de ver en el trabajo un castigo

por el pecado, le da este profundo sentido teológico (1). Su entrega al trabajo no será algo secundario que lo separe y distrae de su tarea sobrenatural como cristiano, sino el medio típicamente suyo de acercarse a Dios, de consagrar el mundo a Dios, de realizar su *sacerdocio*, “pues todas sus obras preces, proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano..., se convierten en hostias espirituales ‘aceptables a Dios por Jesucristo’ (I Pet 2,5)” y “así los laicos... consagran a Dios el mundo mismo”. (CDI-34).

Por ello, el profesional cristiano, precisamente en cuanto tal, debe perfeccionar al máximo su actividad humana, y convencerse de que no puede ser buen cristiano descuidando su profesión, por muchas actividades religiosas, incluso apostólicas, que realice al margen. Estas únicamente le servirían para adormecer su conciencia, sumiéndola en una autosatisfacción peligrosa por lo cercana que se encuentra del fariseísmo. Su primera obligación es de competencia profesional, y en no pocas ocasiones de saneamiento valiente de las estructuras temporales, ya que el absentismo del laico en cuanto cristiano en la construcción de este mundo, ha hecho que muchas de ellas hayan nacido al margen del evangelio. “Es menester que con no menor esfuerzo (los cristianos) procuren que las instituciones de carácter económico, social, cultural o político, lejos de crear a los hombres impedimentos, les presten ayuda para hacerse mejores, tanto en el orden natural como sobrenatural” (Pacem in Terris, 144).

(1) En la narración bíblica del primer pecado, el trabajo no aparece como un castigo, sino la *fatiga* en ese trabajo. Antes de la caída, Adán es puesto en el Paraíso «para que lo cultivara y guardara» (Gn 2,15).

Es lo que se ha llamado compromiso temporal del laico. Así cobra sentido y plenitud cristiana su tarea humana. Más aún, "de lo contrario, el misterio de la Encarnación no prolongaría en la Iglesia su fuerza originaria de divinización del mundo, sino de un modo extrínseco y ficticio" (2).

II.—Trascendencia.

Ahora bien, esta entrega al mundo debe tener un matiz especial que la haga cristiana. No podemos quedarnos con un puro humanismo, como en tiempos pasados pudimos caer en un angelismo exagerado.

Precisamente la convicción de que el cristiano es un ser llamado ante todo a la santidad, debe hacer al laico más responsablemente cristiano, superando un desvaído deseo de "salvación" en última instancia, y haciendo que el ideal de la santidad cristiana sea en su vida un motor, algo positivo que lo lance a la acción y a la exigencia personal, y no una serie de limitaciones y prohibiciones, más o menos molestas, a las que hay que irse acostumbrando. Convenzámonos de que un cristianismo responsable, vivido *positivamente*, será más exigente que un cristianismo puramente negativo.

Pero ¿cuáles serían las notas características en una espiritualidad laical indicativas de que esa actividad, a la

que debe entregarse con toda plenitud el seglar, es además también cristiana? Podríamos reducirlas también a tres: fe personal adulta, liberación de espíritu y caridad operante.

Se habla mucho de una auténtica crisis de fe en muchos de los cristianos practicantes, y se pregunta uno si ese cristianismo que aparece en ciertos actos externos, es un fenómeno típicamente religioso o más bien sociológico. Creo que el problema es real, pero en vez de plantearse como una auténtica pérdida de fe, habría que estudiarlo como un fenómeno de falta de madurez y evolución en esa fe. Es indudable que el hombre de hoy, cuanto más cultivado es más adulto, y por lo tanto no puede llenarle una fe infantil e impersonal. La fe del niño es más eclesial y familiar que personal. A la madurez humana de ese niño en su crecimiento, ha de corresponder una madurez religiosa, que no se dará mientras su encuentro con Dios en la fe no sea un encuentro con el Dios vivo en la libertad y amor. Una vez que su fe se haya hecho vida, será algo operante que transforme su acción humana, y no una cosa que hay que guardar de la intemperie para evitar su destrucción. Una fe que descubra en profundidad al Dios del "más allá" en este mundo. Que la vida cultural de piedad no sea una evasión, sino un clarificar la mirada sobrenatural para descubrir a Dios más fácilmente en este mundo que ha entregado amorosamente en nuestras manos. Los Sacramentos, fuente esencial de nuestra vitalidad espiritual, han de cobrar en el laico ese sentido de encarnación que Cristo quiso darles al hacerlos signos sensibles.

(2) F. X. RODRIGUEZ MOLERO, *Dinamismo de la espiritualidad laical*, Granada, 1964.

Esta vitalización de la fe ha de producir en el fiel un espíritu de liberación de lo material, siendo éste el sentido de la renuncia cristiana en el laicado. Debe decir un sí al mundo, completar la obra creadora de Dios en su tarea humana; pero esta entrega sincera y sin miedos, al estar empaçada de fe, sufre una tensión escatológica: "los que usan de este mundo, no se detengan en eso: porque los atractivos de este mundo pasan" (I Cor 7,31). Es decir, debe ser una entrega activa y no pasiva. Si Cristo dijo "el sábado se ha hecho para el hombre y no el hombre para el sábado" (Mc 2,27), lo mismo hay que decir de la Creación, culminando en la frase de S. Pablo: "Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios" (I Cor 3,23). Todo uso de lo terreno en el que el hombre se hace prisionero a sí mismo o a los demás de la materia, no es cristiano. El sentido cristiano de la ciencia y de la técnica es poner el mundo al servicio del hombre, de todos los hombres y no de unos pocos privilegiados. El "no estéis preocupados (angustiados) por las cosas de aquí abajo" (Mt 6,25) no expresa un sentido de apatía o dejadez, sino más bien ese dominio total sobre lo material sin dejarse aprisionar nunca. Más aún, esto nos lleva a la frase preferida por Pablo de hacerlo todo *en Cristo Jesús*. Esta es la raíz más íntima y profunda de toda actuación cristiana. La vida espiritual del cristiano en el mundo, más que un sistema de prácticas y acciones bien precisas, tiene que ser una constante vela con los lomos ceñidos, como dice la parábola del Evangelio (Lc 12,35), esperando la venida del Señor a través de cada acontecimiento, con espíritu

escatológico. En realidad es una suprema libertad de espíritu expresada en la absoluta disponibilidad para con Dios.

Ahora bien, esta liberación escatológica de lo material, este hacerlo todo en Cristo Jesús, debe tener una manifestación más profundamente cristiana: la *caridad*. La auténtica caridad nos liberará de nosotros mismos, porque cuando se ama cristianamente se es más libre y se hace libres a los demás. Esa caridad que ve realmente a Cristo en el prójimo, debe ser una exigente norma de vida, no algo de supererogación y propio sólo de una perfección a la que no está llamado el laico. Si no nos sentimos obligados en caridad, sino sólo en justicia, renunciemos a lo más esencial del cristianismo, pues "si hacéis bien a los que os lo hacen ¿qué gracia tendréis? También los pecadores hacen lo mismo". (Lc 6,33). Ya que Cristo "tomando la naturaleza humana, se asoció familiarmente todo el género humano con una cierta solidaridad sobrenatural y constituyó la caridad como distintivo de sus discípulos con estas palabras: 'en esto conocerán que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos con otros' (Jn 13,35)." (DAS-8).

Esta caridad *cristiana* mantendrá en tensión el espíritu del laico que por muy entregado que esté a su tarea temporal, será una entrega al hombre, imagen de Dios, miembro de Cristo ("lo que hicieréis con uno de estos mis pequeños, conmigo lo hacéis"). Esta entrega le obligará en cada momento a superar un formulismo cómodo y seguro que le ata a una "letra", olvidándose del espíritu. Este camino exigente de la

caridad, le llevará a la verdadera cruz (la muerte por lo demás) y a la cima de la santidad, superando así el raquitismo espiritual del que busca el atajo del menor esfuerzo para "salvarse".

Hemos acabado en la cruz, pero con Cristo identificado en los demás. Esa fe adulta que veíamos liberar al alma del cristiano de un materialismo inminente, pierde todo estoicismo y aislamiento, al transformarse en una entrega leal y exigente al hombre en Cristo Jesús.

Podemos ahora reflexionar un momento ante estas consecuencias. Hemos llegado a la conclusión de que las notas específicas que harán la actuación del laico automáticamente cristiana, son la

quintaesencia del Evangelio; las que harán también al religioso santo dentro del claustro, y sin las cuales no se concibe la santidad. Es un gran descubrimiento y una gran exigencia. La tarea es común, "porque esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación" (I Tes. 4,3). Lo de menos será el camino que Dios ha querido que utilicemos, camino que si somos consecuentes nunca será fácil. Así nadie sentirá complejo de inferioridad ni de superioridad dentro del cristianismo, pues lo importante es operar con los denarios que nos hayan entregado, ya que "se da una misma igualdad en lo referente a la dignidad y a la acción común de todos los fieles para la edificación del Cuerpo de Cristo". (CDI-32).

«...la Iglesia hoy se encuentra frente a la tarea ingente de llevar un acento humano y cristiano a la civilización moderna, acento que la misma civilización pide y casi reclama por su desarrollo positivo y por su misma existencia. Con tal fin sus hijos laicos deben sentirse comprometidos a desenvolver su propia actividad profesional como cumplimiento de un deber, como prestación de un servicio, en comunión interior con Dios en Cristo...»

Juan XXIII, Mater et Magistra